CUATRO LECCIONES DE TAUROMAQUIA

JOSÉ CAMPOS CAÑIZARES
Wenzao Ursuline University of Languages, Kaohsiung, Taiwán

Hace más de tres años de la muerte (21 de octubre de 2011) del torero madrileño Antonio Chenel *Antoñete.* Fue un suceso que hizo reflexionar a muchos aficionados sobre el estado en el que se encontraba la tauromaquia iniciada la segunda década del siglo XXI. Una situación que a día de hoy se mantiene, y, que viene a ser la de la evidente sensación de que el toreo está inmerso en una enorme crisis, en sus fundamentos técnicos, y en sus consecuencias éticas. Un juicio que se sustenta esencialmente en el hecho de que la mayoría de los lidiadores han decidido eliminar uno de los puntales sobre los que se ha forjado la razón de ser del toreo, el hecho de *cargar la suerte*. Un cambio técnico que se ha justificado en que retrasando el torero la pierna de salida del lance o pase, permite que se alargue la acción de llevar al toro, para lograr una mayor ligazón, es decir, darle más pases. Y, desde esa variación, como consecuencia, se ha llegado a la pérdida del equilibrio en las faenas, al instalarse en ellas un metraje excesivo -dada la comodidad en la que se ve conducido el toro- sin que exista en las mismas ni un inicio conceptual -ahormar, moldear- ni un cierre estético o de ajuste, antes de la igualada previa a la estocada. Si a ello le sumamos la desaparición absoluta de la *torería* en los diestros, adelantamos una primera apreciación de los males que tocan el toreo. Una mutación de planteamientos porque se ha fabricado un toro bonancible, dócil, toreable, colaborador en una obra hueca, de poco contenido, de escasa emoción y de nula validación moral.

En torno a 1981, cuando *Antoñete* reapareció en los ruedos españoles, después de una ausencia que duraba seis años (se había retirado en 1975), el panorama del toreo presentaba síntomas de decaimiento en cierto modo comparables a los que hemos explicado más arriba existentes para hoy. Una marcada tendencia a dar muchos pases en las faenas, alejamiento en el compromiso de *cargar la suerte*, y, sobre todo la desaparición del valor substancial de la *torería*. La situación no era tan grave como se puede comprobar para el momento que nos toca vivir ahora, en 2014, cuando casi es imposible ver torear de capote en los quites, e incluso en la lidia, y se suceden como puro trámite los tercios de varas y de banderillas, para que sólo brille, y, se le espere, el tercio de muleta, en el que el toro se presenta *templado*,

agotado pero preparado para pasar, sin pena ni gloria, unas sesenta veces, es decir, diez minutos, en *línea*, por las afueras del matador de turno. Hay que precisar que esta manera de concebir la tauromaquia de la época actual, defendida bajo el lema de que *hoy se torea mejor que nunca*, no se había desarrollado todavía a modo, al iniciarse la década de los ochenta del siglo anterior. Incluso existían grandes toreros en activo, de distinto corte, como Julio Robles, Francisco Ruíz Miguel, Curro Romero o Rafael de Paula. Eso es cierto, pero en 1981, se apreciaban suficientes elementos de deterioro alrededor de los principios elementales del toreo clásico, de *parar, templar, cargar la suerte y mandar*, que dejara escritos Domingo Ortega en 1950, y que habían conformado la suma evolutiva y filosófica de la consistencia de torear, desde los tiempos de *Pepe Hillo* hasta los de Antonio Bienvenida, Antonio Ordóñez o Antonio Chenel *Antoñete*. Por lo tanto, la vuelta de *Antoñete* en 1981 se producía en un instante en el que era necesaria una restauración en el toreo, algo que no era sencillo y que el maestro madrileño consiguió a lo largo de toda esa temporada en todas las plazas de toros españolas donde realizó el paseíllo. Y, sobre todo, de manera absoluta y magistral, en su plaza, en *Las Ventas*.

Los antecedentes a esa emblemática reaparición de *Antoñete* en España, hay que buscarlos en su previa preparación en Venezuela, donde se había instalado tras ser llamado para torear un festival de *viejas glorias* en Caracas, en 1977, alternando con toreros como Manolo Escudero y Luis Sánchez Olivares *Diamante Negro*. Como aquello se le dio bien, y tuvo la oportunidad de volver a sentirse torero tras su frustrante etapa anterior a su despedida en Madrid en 1975, la cosa se fue alargando, con corridas de toros, en las que recuperó la confianza perdida, y pudo acumular la fuerza espiritual necesaria para esa vuelta de 1981, ya en tierra Peninsular. Retorno en el que dictaría lecciones imperecederas sobre qué era torear, recuperando conceptos técnicos que ya había expresado desde que tomara la alternativa en Castellón en 1953, pero que no había logrado cimentarlos nunca a lo largo de una temporada, de manera continuada e incontestable. Esas clases, porque ver torear a *Antoñete* en esa maravillosa vuelta al toreo de 1981 fue para los aficionados -sobre todo para los jóvenes que se sumaron a la fiesta y que él captó- como ir a clase, cuando la didáctica consistía en la sabiduría del maestro y el interés del alumno. Fueron lecciones que impartió en cada una de las comparecencias ante el público aficionado en ese año, desde la primera en Marbella, el domingo de Resurrección, junto a Rafael de Paula y Francisco Núñez *Currillo*, ante toros de José Luis Osborne. Y, de manera especial, todo el saber antiguo de *Antoñete* quedó impregnadopara siempre y de manera progresiva en el ruedo de Las Ventas, en cuatro tardes que han quedado para el recuerdo.

CUATRO TARDES: CUATRO LECCIONES

La primera lección fue el 22 de mayo, fecha en la que pisó de nuevo el albero de su plaza, en pleno San Isidro, junto a Pedro Gutiérrez Moya *El niño de la Capea* y Julio Robles, con toros de Ramón Sánchez. Tarde en la que explicó qué era la lidia, el saber estar y la torería. El terno elegido para esa ocasión estelar fue grana y oro, toda un adelanto de las intenciones que llevaba guardadas, ya que sus clases estuvieron dictadas desde la tarima del valor. Tras el paseíllo nadie le requirió para que saludara, es decir, estaba obligado a ganarse el respeto del aficionado, algo que alcanzó con creces, al destapar todo el sentido de la lidia en un quite magistral al tercer toro de la corrida que correspondía a Julio Robles. Un toro al que nadie había visto lo que llevaba dentro, ya que fue condenado a banderillas negras, y al que *Antoñete* fue capaz de encauzarle sus cualidades, y de descubrirlo, a toreros y aficionados, con precisión y claridad, al fijarlo y al torearlo con el capote. Según él mismo expresó, en más de una ocasión, más adelante, lo fijó de entrada en el quite *'con un capotazo bajándole las manos y flexionando la rodilla'*, para darle a continuación en los medios cuatro verónicas hondas y una media impecable, todo ello, *'adelantando la pierna y echándole el capote abajo'*, en lances que pusieron la plaza de pie, y que para *Antoñete* fue la clave de que se le tratara en adelante como a un maestro[46].

En ese quite que forma parte de la historia de la tauromaquia, *Antoñete* demostró la importancia de la colocación de los toreros en la plaza, es decir, a la hora de seguir la lidia, y la de conocer y entender al toro, con el propósito de limarle asperezas y dejarle preparado para la faena de muleta. Al mismo tiempo, dejó constancia de la obligatoriedad en saber torear con el capote en las dos suertes fundamentales, la verónica y la media verónica, cargando la suerte, con temple, mando, remate y ceñimiento. Aparte, esa tarde, en la lidia de sus dos toros desparramó toda su torería, atesorada a lo largo de una larga y accidentada carrera. Una torería que significaba el saber estar y el saber decir, una demostración de carisma sólo a la altura de los grandes toreros, aquellos que transcienden lo que implica ser torero. Todo ello basado, a la vez, en la manera de pisar el ruedo, en poseer la capacidad de torear sin probaturas, y en el hecho de conocer las querencias y los terrenos de los toros. Y en un valor sin demostraciones. Tal clasicismo expuesto por *Antoñete*, en esa su primera lección en Las Ventas, lo reflejó a

46. Véanse estos conceptos, sobre dicha tarde, en las manifestaciones que realizó Antoñete, primero, en la obra que le dedica Manolo Molés, *Antoñete. El Maestro* (p. 159), y, en segundo término, en la entrevista que le realizó Javier Valenzuela para *El País* (22-IX-1985).

la perfección Juan Posada en *Diario 16*, al resaltar el hecho de cómo cargó la suerte, en aquellos tiempos de precauciones: "Arte es adelantar la pierna (como hizo Antoñete ayer) para que el toro tenga que saltar por ella y, al verse burlado, humillarse y rendirse ante tamaña insensatez grandiosa" (Posada 23/V/1981).

La segunda lección tuvo lugar el 3 de junio, al final de la feria de San Isidro, toreando junto a Curro Romero y Rafael de Paula, ante toros de Juan Andrés Garzón. En esa tarde el maestro *Antoñete* explicó, junto a otros muchos temas, cómo se interpretaba el inicio de faena, el temple y la ligazón. En esa corrida sólo pudo matar a su primer toro, pues en su lidia éste le produjo una lesión en el pie, al pisarle, lo que le impidió salir a torear a su segundo. Un toro, el cuarto, que fue de vuelta al ruedo y con el que triunfó clamorosamente Curro Romero. Aspecto que *Antoñete*, no llegó nunca a olvidar, por el infortunio, y por lo que pudo haber representado esa oportunidad perdida en su reaparición. A pesar de ello, con esa actuación su aureola de maestro creció y se afirmó, pues en el toro que mató, explicó lo que era un comienzo de faena para hacerse con el toro desde el principio, algo que tantas veces le vimos a *Antoñete*, con toro y torero a distancia, y que Vicente Zabala contó así en *ABC*: "se fue hacia el animal en los mismísimos medios, andando calmoso, con torería, dejándose ver por el toro y por el público, que esperaba en medio de un sepulcral silencio (y) Antonio le enjaretó tres muletazos por bajo, tres dobladas, que fueron otros tantos monumentos al arte de torear. Los oles cayeron al ruedo como pétalos de rosa. Ya derecho, Chenel adelanta la muleta para dibujar unos redondos primorosos; la planta quieta, la muleta adelante, engolosinando al toro en el trapo, que lo sigue entusiasmado, presto de alcanzarlo. Pero por obra y gracia del temple del maestro de las Ventas el toro no lo alcanza, no puede pillarlo, porque Antonio lo lleva a milímetros de los pintones. Liga los pases, los empalma, los abrocha con el de pecho. La plaza babea de gusto. Son tres series de hermosa y serena ejecución" (Zabala 4/VI/1981). Después sobrevino el pisotón.

Merece la pena leer, en la tauromaquia de *Antoñete* escrita por Javier Manzano, lo que el maestro entendía como ligazón -concepto hoy tramposo para descargar la suerte- y consistente para Chenel en la quietud del torero y la pierna *p'adelante*, y en aguantar -quedarse quieto- en el segundo pase: "El segundo muletazo es el toreo, porque es el hombre el que lo propone y el que lo dispone, porque única y exclusivamente depende de las agallas, de la entrega y de la colocación del torero. (Tras) el primer muletazo (la clave es) girar sobre el epicentro de la torería del matador y quedarse colocado per-

fectamente para, cargando nuevamente la suerte, traer y llevar la embestida ya unida indefinidamente a los vuelos de la muleta. El torero deja el engaño en la cara del animal una y otra vez [...]" (Manzano 98). Por lo tanto, como se puede apreciar, nada de carreras tras los muletazos, ni pierna escondida para poder ligarlos.

La tercera lección llegó a los pocos días de la anterior, el 21 de junio, en un mano a mano con Rafael de Paula, ante toros de Fermín Bohórquez. La actuación fue de tal nivel que puede asegurarse que *Antoñete*, con ella, se convirtió en leyenda del toreo. Esa tarde se entretuvo en desempolvar y subrayar en qué consiste la colocación ante el toro, la determinación para torear y el magisterio para poder trascender el toreo. Conocimientos y virtudes que surgían por haberse acumulado a través del tiempo en un *Antoñete* que exhalaba todo en él torería, en su imagen y en su figura. Durante la corrida sacó a relucir el toreo a la verónica, la media verónica, el andarle a los toros, citar a distancia, el temple, la ligazón, el natural, el redondo, el de pecho, la trinchera, el pase de la firma, los ayudados por alto y por bajo, los adornos y los desplantes. El clima emocional alcanzo la cima porque *Antoñete* enseñó qué era ser torero y estaba restaurando el arte de torear desde la convicción, mediante la identificación con una labor ritual, sacerdotal, cuasi religiosa.

Para ilustrar los aromas que desprendieron las maneras de Antonio Chenel, nada mejor que reproducir lo que escribió Joaquín Vidal para *El País*: "La torería de Antoñete el domingo en Las Ventas, sin ir más lejos, hizo los efectos de un complejo vitamínico que va a fortalecer el espectáculo. La torería no es una técnica, aunque en ella se apoye. Es una actitud, fruto de un convencimiento. Hay torería cuando el torero se siente torero, no importa si en el ruedo o en la calle, y se sabe investido de la dignidad que es inherente a su profesión. Ya en el ruedo, la torería se produce en cualquier circunstancia de la lidia. La torería de Antoñete emanaba de toda su actuación, en los distintos tercios, delante del toro, al margen del toro" (Vidal 23/VI/1981). Juan Posada en *Diario 16*, sentenció con las siguientes frases que cierran lo citado a modo de coda: "Dio un curso de cómo debe comportarse un torero en todos los momentos de la lidia, Antonio lo es y la mayoría de los que pululan en este oficio no lo son" (Posada 23/VI/1981).

La cuarta lección se produjo al cierre de la temporada taurina madrileña en la Feria de Otoño, el 21 de septiembre, al torear con Manolo Vázquez y Curro Romero, a toros de *El Campillo* y Juan Mari Pérez Tabernero. De las enseñanzas sacadas a la luz pública ese día, pensamos que *Antoñete*,

dejó constancia de lo que es la concisión a la hora de enfrentarse a un toro, de lo que es la rotundidad al introducirse en la hondura, y la de saberse el artista depositario de la maestría. Aparte de lo desplegado en las dos lidias que dirigió, destacó sobremanera el final de su actuación, en los lances que cerraron la segunda faena, cuando con sólo tres muletazos dictó una lección completa de tauromaquia. Tres muletazos que en la opinión de muchos aficionados que tuvieron la fortuna de estar en Las Ventas, resumen en qué consiste torear, qué es el toreo, y cuáles son las claves de la tauromaquia eterna y clásica, la verdadera, la que eleva el ritual de la misma a un toque espiritual, a pura religión, a *arte*. Aquello que permite que hombres civilizados defiendan la existencia de la corrida de toros. Lo expuesto por *Antoñete* consistió en dos ayudados por alto y un pase de pecho, tres pases unidos en una sola acción, sin solución de continuidad, elaborados y concluidos como tres pilares del toreo. De esa gesta, colofón de las actuaciones de Antonio Chenel en Las Ventas en 1981, para referirla, elegimos lo que compuso Juan Posada, con emoción y pasión, para *Diario 16*: "Antoñete, cincuentón, ralo en recursos físicos y millonario en torería, edificó tres columnas bases que con lo cuarto -su profunda vocación-, fueron una auténtica reedificación de la norma y fundamento del toreo. Tres pilares, por gracia de la simbiosis de la continuidad. Es decir, la ligazón encadenada del triunvirato perfecto materializada en el trío de muletazos, fue un solo elemento, pedestal de la verdad del toreo" (Posada 22/IX/1981).

Lo referido ocurrió como si *Antoñete* se hubiera planteado restaurar y regenerar la tauromaquia. La conmoción fue severa. Muchos guardarán en su memoria lo sucedido ese día a la manera que Juan Posada trasladó con palabras inspiradas: "Los videntes no esperaron más. Ya no había demora posible. Allí estaba, plasmado física, material y espiritualmente, la fuerza -imposible de contener- por la que desde siglos, los hombres de España acuden a un coso que no se sabe bien por qué. Ayer se atisbó el motivo. Se redescubrió, por fin, el misterio. Eros y Tanatos, la muerte y el placer sexual se unieron en un abrazo voluptuoso y compusieron así, sencillamente, en tres momentos estelares, acompañados de sendos quejidos colectivos y placenteros, la imagen, casi imposible de repetir, de la verdad" (Posada 22/IX/1981).

Con esas cuatro lecciones *Antoñete* había conseguido restablecer la verdad del toreo. No cabe otra interpretación, ni otra verificación sobre aquella temporada mítica, ritual y ceremoniosa, vivida con apasionamiento por *Antoñete* y por los aficionados que le vieron. Nadie pudo olvidar aquello.

Efectivamente, algo se había dejado *Antoñete* por decir en su trayectoria torera anterior, y por eso volvió, para expresarlo. A pesar de lo conseguido, muchos en 1981 le negaron, por no haber llegado a ser figura del toreo cuando estaba en edad para ello. Por mi parte, siempre he pensado que es mucho más difícil lograr ser figura del toreo a los cincuenta años, y, poder escalar hasta esa categoría con la rotundidad que lo hizo *Antoñete*. De ello, de esa experiencia, sólo se puede pensar que su valor personal y su fuerza física fueron descomunales. ¿Quién a esa edad es capaz de torear con esa rabia y con esa clarividencia, a la vez? Ya nos gustaría que hoy, a la altura de 2014, ocurriera algo parecido, y que un torero fuera capaz de devolver la verdad y la esperanza a la fiesta de los toros, como hizo *Antoñete* en 1981, algo que consiguió alargar, hasta que se retiró definitivamente porque ya no pudo seguir.

BIBLIOGRAFÍA

Arévalo, José Carlos. *Antoñete o el arte de torear*. Madrid: Akal, 1987.

Laverón, Jorge. *La tauromaquia de Antoñete, de los años negros al mito*. Madrid: Francisco Serrano y José Esteban Editores, 1988.

Manzano, Javier. *Antoñete o la tauromaquia de la movida*. Madrid: Reino de Cordelia, 2011.

Molés, Manuel. *Antoñete. El Maestro*. Madrid: Ediciones El País-Aguilar, 1996.

Posada, Juan. *"Insólito: El sexto toro se mató"*. *Diario 16*, (23-6-1981).

-----"*La novena de San Torero"*. *Diario 16*, (23-5-1981).

-----"*Las Ventas se estremeció con Antoñete"*. *Diario 16*, (22-9-1981).

Valenzuela, Javier. *"La pierna arqueada"*. *El País*, *(*22-9-1985).

Vidal, Joaquín. *Con Antoñete vuelve la torería*. *El País*, (23-6-1981).

Zabaka, Vicente. *Curro Romero convirtió las Ventas en un manicomio*. *Abc*, (4-6-1981).